

La abstracción de la guerra



Ángel Tafalla

Lo que de verdad cuenta en esta vida suele ser difícil de definir, por ejemplo: el honor, el amor o la dignidad de la que tanto nos viene hablando últimamente nuestro Papa León XIV. Y sin embargo, estos conceptos son fácilmente reconocibles cuando los vemos adornando a algún ser humano. Pues lo mismo pasa con la guerra, realidad física y caótica, pero que muestra un sistema lógico de relaciones, lo que permite extraer conclusiones. La abstracción de la guerra trata de averiguar los fundamentos de este terrible fenómeno para que pueda ser interpretado por estrategas y eventualmente apoyado por los pueblos que la experimentan, pues cerrar los ojos a la realidad no suele funcionar. La guerra no es un fin en sí mismo, sino la continuación –y el fallo, añadiría yo– de la política por otros medios, como nos iluminó Clausewitz y otros maestros antes y después. Su fin es doblegar la voluntad del enemigo y no necesariamente su aniquilación física. Quizás la disuasión de la guerra es la herramienta suprema para tratar de evitar este brutal fenómeno. Pero lograr la disuasión requiere grandes afanes, voluntad en los líderes políticos y comprensión y esfuerzo por parte de la población. De esto último vamos hoy aquí, comprimidos como siempre, en la esperanza de que logren Uds. leer entre líneas.

Los militares de mi generación hemos repartido nuestros esfuerzos entre la preparación de conflictos de alta o baja intensidad. Hasta la caída de la URSS, la prevención de una guerra de alta intensidad junto a nuestros aliados de la OTAN tenía prioridad, aunque para los españoles se añadía siempre el lograr la disuasión adecuada ante posibles amenazas provenientes del norte de África. Estos conflictos se suponía que serían muy violentos, utilizando armamento sofisticado, pero con una duración limitada. La participación en conflictos de baja intensidad –Afganistán, Irak y otros por tierras y mares africanos– siguió al colapso soviético, permitiéndonos redescubrir que eran de larga duración y, por cierto, muy duros, al desarrollarse en el seno

de poblaciones civiles a las que no se debía lastimar si no queríamos perder el objetivo final de estabilización. Los norteamericanos –que solían ejercer el liderazgo– mostraron una especial ineptitud en la comprensión de este tipo de conflictos de baja intensidad que, aunque no exigían el uso de armamento sofisticado, sí requerían una especial sensibilidad ante culturas muy diferentes a las occidentales. Estos conflictos coincidieron en el tiempo con un paulatino desarrollo y abaratamiento de tecnologías civiles que nuestros adversarios irregulares fueron incorporando rápidamente, mostrando adicionalmente un ingenio superior a la evolución del pensamiento militar occidental. Hemos visto aviones civiles estrellarse en Nueva York y Washington usando unos cuchillos de plástico para cambiar la historia del mundo. También un destructor moderno norteamericano fue casi hundido en un puerto del Yemen mien-

utilización de los recursos industriales nacionales mucho más ágil que el anquilosado sistema de planeamiento militar actual, centrado en la larga adquisición de unas pocas plataformas exquisitas pensadas casi exclusivamente para conflictos de alta intensidad. La tragedia ucraniana es una gran maestra de lo que está en juego si la disuasión falla.

Creo que la distinción entre conflictos de alta y baja intensidad ha dejado de ser útil. Habría que unificarlos a efectos de preparación. Deberíamos planificar nocionalmente una fase inicial donde haríamos uso frecuente del armamento sofisticado disponible simultáneamente a una utilización moderada del barato, buscando no solo el mayor grado de neutralización del enemigo, sino adicionalmente el conseguir tiempo para empezar a producir grandes cantidades de armamento barato que sería empleado masivamente hasta lograr imponernos. Naturalmente, el cálculo detallado de la Reserva de Guerra ante un adversario definido concreto –que será reservado– no podrá hacerse público. Este esquema de planeamiento requerirá un



RAÚL

tras los explosivos improvisados se utilizaban masivamente contra nuestros vehículos militares. Las últimas aportaciones «irregulares» al armamento militar son los drones que, junto al abaratamiento de los misiles balísticos, permiten obtener efectos estratégicos a actores anteriormente no tenidos en cuenta. Todo ello acompañado de amenazas cibernéticas y, posiblemente, en un futuro próximo, por la Inteligencia Artificial (IA) en la infiltración propagandística en nuestras retaguardias. El resumen de todo lo descrito vertiginosamente es que el agravamiento de las amenazas actuales de baja intensidad/larga duración debería alterar sustancialmente el armamento en nuestras plataformas y unidades militares junto al concepto de reserva de guerra que las apoya. Pero esto requiere desarrollar una estrategia para la

desarrollo legislativo y presupuestario para que la industria nacional esté en condiciones de responder en tiempo útil al aumento súbito en la demanda de armamento, a la vez que el conflicto concreto y las nuevas tecnologías se vayan desarrollando. También, tanto las plataformas actuales como las que se diseñen en el futuro deberán adaptarse al uso simultáneo de medios sofisticados junto a otros de bajo coste y empleo masivo.

Las guerras están cambiando ante nuestros ojos. Un esfuerzo abstracto importante se requiere para comprender y articular la naturaleza de este cambio y así poder seguir protegiendo nuestra Nación eficazmente.

Ángel Tafalla, de la Real Academia de Ciencias Morales y Políticas y Almirante (r)